

patria? Yo creí que no la hubiérais abandonado jamás, aun cuando viéseis que todos los demas se volvian contra ella. Mucho me habeis engañado, ó por mejor decir, os engañais á vos mismo, y os arruinais á vos y á vuestra patria si no salís de ese error.»

No pudiendo el cardenal de Pavia resistir á la fuerza de estas palabras, dijo vertiendo lágrimas y gimiendo: «ciertamente me confundís; pero ¿qué quereis que haga? He empeñado mi palabra, y si faltó á ella quedo deshonrado.» «Pues bien (replicó Piccolomini), sed fiel al cardenal de Rouen, y haced traicion á vuestra patria.» Estas últimas palabras determinaron al cardenal de Pavia, el cual prometió inmediatamente abandonar la faccion francesa.

El de Santa María la Nueva, que no podía sufrir al arzobispo de Rouen, supo lo que se tramaba á favor de este ambicioso, y juntó á todos los cardenales italianos, excepto Próspero Colonna, en el cuarto del cardenal de Génova. Despues de haberles pintado con vivos colores cuánto habia que temer si se elegia al cardenal de Rouen y de haberlos exhortado á olvidarse de sus intereses personales, para atender únicamente al bien de la Iglesia y de la Italia, les propuso á Piccolomini, que siendo italiano, y además de esto hombre honrado y de mucho mérito, le parecia el mas á propósito para gobernar bien la Iglesia. De siete cardenales que se hallaron presentes á esta especie de preonizacion, solo se opuso á ella el mismo Piccolomini, haciendo uso de toda su elocuencia para mostrar que era absolutamente indigno de un puesto tan elevado.

Poco despues se principió la misa que precedia al escrutinio, y luego que se concluyó fueron sucesivamente los cardenales, segun el orden de su antigüedad, á poner en el caliz las cédulas ó billetes que contenian el nombre de aquel á quien daban su voto. Cuando le tocó el turno á Piccolomi-

ni, el arzobispo de Rouen, que era uno de los cardenales observadores, tuvo la simpleza de decirle: *Acordaos de mí*; como si en aquel momento se hubiera podido mudar lo que estaba escrito. Pero tal era el cardenal de Rouen; hombre de una ambicion tan desmesurada, que llegaba al extremo del descaro y de la demencia. Respondióle Piccolomini: «¿A mí os dirigís que no soy aqui mas que un átomo?» Acabado el escrutinio pusieron boca abajo el caliz los cardenales observadores, á vista de todos los demás, encima de una mesa que habia en medio de la asamblea. Abriéronse los billetes, se leyeron en alta voz, y se halló que Eneas Silvio Piccolomini, cardenal obispo de Sena, tenia nueve votos; que el cardenal de Rouen no tenia mas de seis, y los otros muchos menos.

Como ninguno de ellos tenia el número suficiente, fué necesario recurrir á lo que se llama *accessit*. El cardenal de Rouen concibió alguna esperanza; pero duró muy poco. Quedó fuera de sí cuando levantándose con gran serenidad el vice-canciller dijo que daba su voto al cardenal de Sena. Pasados algunos momentos se declaró tambien á su favor el cardenal de San Anastasio; y no faltándole ya mas que un voto, le dió inmediatamente el suyo Próspero Colonna para tener el mérito de hacerle Papa. Viendo el cardenal de Rouen que le arrebataban el Pontificado sin quedarle ningun recurso, se olvidó de toda moderacion, acusó á Colonna de que violaba sus promesas y le dijo mil improperios. Lejos de desmayar Colonna al ver aquella descompostura, tomó nuevo aliento, y dijo en voz mas alta que la primera vez, que daba su voto al cardenal de Sena: con lo cual le saludaron al momento todos los demas en calidad de Papa. Volvieron despues á ocupar sus asientos, y de comun acuerdo confirmaron la eleccion. De este modo fué elegido Papa el célebre Eneas

Silvio, siendo de edad de cincuenta y tres años, á 27 de agosto de 1458, y tomó el nombre de Pio II. Nos ha parecido que en ninguna otra parte podiamos presentar con mas oportunidad que en el artículo de este personaje interesante la relacion individual de las intrigas y facciones del cónclave, en que si bien las pasiones humanas dispusieron muchas veces de la Silla apostólica, la mano invisible que sostiene la Cátedra de San Pedro las confundió muchas mas, haciendo que sirviesen de instrumento para colocar en ella á aquel á quien habia preordinado en sus consejos eternos.

Elevado Pio II á la dignidad de Pontífice, despues de haber pasado por todos los grados inferiores, y siendo comparable á los mas ilustres Pontífices por razon de su literatura, elocuencia, magnanimidad, prudencia y destreza en el manejo de los asuntos, se mostró tan indiferente en orden á su propia fortuna, y la fortuna con él, que poco antes de su elevacion decia á su amigo el cardenal de Pavia, que hacia veinticinco años que estaba trabajando, sin tener todavia con qué calzarse; que habia regado con su sudor casi todo el mundo cristiano, y padecido todo género de trabajos é incomodidades por mar y por tierra, agitado por las tempestades, aterido de frio, abrasado con el ardor del sol, robado por los ladrones, cautivo, encarcelado y puesto veinte veces á las puertas de la muerte (1).

Era hijo de padres nobles, pero pobres, y nació á pocas leguas de Sena, en la villa de Corsini, á la cual llamó luego Pienza, con alusion á su propio nombre, y la erigió en ciudad episcopal (2). Estando embarazada de él su madre Victoria Fortiguerra, soñó que daba á luz un niño mitrado; y como era costumbre poner una mitra de papel en la

cabeza de los clérigos condenados á muerte, se figuró que habia de ser el oprobio de la familia, y no varió de modo de pensar hasta que le vió obispo. Fué educado con mucho esmero, é hizo progresos extraordinarios en las bellas letras. Habiendo concluido sus estudios en Sena, acompañó en calidad de secretario á Domingo Capránica, que iba al concilio de Basilea, y estaba designado cardenal por Martino V, bien que fué escludido por Eugenio IV. Allí fué donde este jóven, que á lo mas tendria veintiseis años, lleno de fogosidad y de talento, seducido por los aplausos y por la preocupaciones generales, naturalmente enemigo de la mentira, é incapaz de persuadirse de que pudiesen mentir unos doctores de avanzada edad, y unos obispos encanecidos en las funciones sagradas, recibió todas las impresiones que quisieron darle contra el Papa Eugenio, y escribió contra la preeminencia de la Silla apostólica.

Su talento fué causa de que le buscasen varios prelados á cuyo lado ejerció las funciones de secretario. El cardenal Albergati le envió á Escocia. Luego que volvió, le dió el concilio de Basilea los empleos de referendario, abreviador, canceller y agente general, y fué enviado varias veces á Saboya, á Suiza y á diferentes Estados de Alemania. En medio de estos viages y negociaciones, no cesaba de publicar algunas obras, ya tratados doctrinales, ya cartas escritas con fundamento y nérvio acerca de las materias mas controvertidas en aquellos tiempos; eran obras de partido, y como era natural tan contrarias al Papa Eugenio como favorables al concilio de Basilea.

Lo eligió Felix V por secretario suyo, y en fin, el emperador Federico le llamó cerca de su persona para el mismo destino. Lo honró con la corona poética, y le empleó en diferentes embajadas en Milán, en Nápoles, en Bohemia, y aun en Roma con motivo de la estincion del cisma, á lo que

(1) *Card. Papiens. epist. 36.*

(2) *Platin. in Pium II.*

contribuyó mucho su habilidad y talento. Nicolao V le confirió el obispado de Trieste, desde donde algun tiempo despues pasó al de Sena. El mismo Papa le confió las nunciaturas de Bohemia, Moravia, Silesia y Hungría, en las que manifestó su gran capacidad. No se distinguió menos en las dietas de Ratisbona y Francfort, convocadas para formar una liga contra los turcos, bien que las circunstancias malograron despues este proyecto. En fin, el Papa Calisto le dió el capelo á que era acreedor por tantos títulos.

Fué uno de los más constantes defensores de Basilea, donde permaneció hasta la consumacion del cisma, sin que le hiciese fuerza el ver cómo se iban retirando diariamente los prelados, porque creía que esto era efecto del temor que tenían de perder sus bienes temporales. Como nada tenía él que pudieran quitarle (segun él mismo dice) fué más dócil á la voz de su conciencia, preocupada con la idea de que seguía el mejor partido. Pero estando al lado del emperador, entre los alemanes que se habían contenido en los límites de la neutralidad, y que naturalmente son más sosegados que las demás naciones, adquirió el conocimiento y plena conviccion de las supercherías é infamias que ni aun había sospechado hasta entonces. Se le demostró que eran falsas y calumniosas las acusaciones contra el Papa Eugenio, y que los cardenales refugiados en Basilea se habían dejado llevar de su odio y resentimiento personal contra un santo Pontífice, á cuya clemencia recurrian todos por último, pidiendo perdon de su conducta cismática, y considerando esta gracia como la mayor felicidad que podía sucederles. Lo que más principalmente acabó de decidirle, fué oír en Hungría al cardenal Julian, en cuya instruccion y virtud tenía una confianza ilimitada, bendecir mil veces al cielo

por haberle sacado de la conjuracion de Basilea, y dándole á entender lo que enseñan todos los Padres griegos y latinos, esto es, que no hay salvacion para el que se separa de la santa Iglesia romana, y que son inesorias todas las virtudes si las falta la obediencia debida al Sumo Pontífice. Halló los mismos principios profundamente grabados en los ánimos de las personas más distinguidas por su piedad y doctrina, y no en una ó en otra parte, sino en todos los parages que había recorrido. Entonces se le cayó la venda que tenía en los ojos, y á beneficio de la edad y de la reflexion, abandonó las preocupaciones que la inespériencia y la mocedad le habían hecho recibir de boca de unos ancianos, á quienes miraba como á oráculos cuyas decisiones no le parecían hechas para examinar (1).

Nunca se había estinguído en Pio II el deseo de reprimir á los enemigos del nombre cristiano: y así, luego que se vió colocado en la Silla de San Pedro, dedicó toda su atención á sellar la liga, tantas veces proyectada, de los príncipes cristianos contra los turcos. El peligro que amenazaba á la cristiandad, era cada día más inminente, pues no había año en que Mahomet II no asolase ó subyugase alguna parte de ella; de suerte que los griegos, que eran sus víctimas más comunes, le colocaron entre aquellos monstruos de tiranía, á quienes se dió el nombre de plaga del mundo ó azote de Dios, y le llamaron verdugo del cielo (2). Pero contentándose aquellos viles orientales con fatigar á los latinos á fuerza de solicitudes y de importunidades eternas, se hacían traicion, se despedazaban y se destruían mutuamente. Habiendo caído Atenas con motivo de sus divisiones en poder de los infieles, y privándose á sí mismos

(1) *Eu. Sylv. Comst.* (1)
(2) *Phranz. l. 3, c. 3.* (2)

los dos Paleólogos, Tomás y Demetrio, de las ventajas de la paz que les concedía el sultán, se hicieron una guerra ruinosa, que fué causa de que en el año 1458 pasase Mahomet á la Morea. Entonces se vió la gran diferencia que hay entre los furroses de la discordia y el verdadero valor. Encarizados los dos hermanos en su destruccion recíproca, los subyugó el sultán casi sin pelear. Aquella multitud de ciudades y ciudadelas, situadas en desfiladeros ó en rocas inaccesibles, y no menos fortificadas por el arte que por la naturaleza, fueron por la mayor parte abandonadas, ó se rindieron antes que principiase el combate. Corinto sufrió el asedio para aumentar su oprobio, pasando de las armas al yugo, y suscribiendo al tributo que quiso imponer el vencedor á la ciudad y á todo el país.

Conociendo el Papa que los infieles harían cada vez mayores progresos, mientras no procediesen de acuerdo los príncipes cristianos, convocó una asamblea en Mantua (1459), y les rogó encarecidamente que asistiesen á ella para tratar de los medios de contener una inundacion que amenazaba á toda Europa (1). Como el emperador ocupaba el primer lugar entre ellos y debía darles ejemplo, dispuso el Papa que pasase á su corte el cardenal Besarion y que recorriese despues las de los demás príncipes de Alemania. Pero fué tal la confusion y desorden que halló por todas partes este legado, que ni aun le fué posible hacer se le oyese. Todos los príncipes, excepto el marqués de Brandemburgo, estaban sublevados contra el emperador, siendo los más furiosos su hermano Alberto y su primo hermano Segismundo de Austria. Tenían parte en la intriga los reyes de Bohemia y de Hungría; el primero, porque pretendiendo el emperador que había recat-

do en él el derecho á la posesion de Bohemia no cesaba de oponerse al establecimiento del nuevo rey; y el segundo, porque no quería desprenderse Federico de la corona de San Esteban, que se tenía por sagrada, y sin la cual, segun la persuasion popular, los sucesores de aquel primer rey de Hungría tenían solamente el nombre de rey y no la posesion legitima del reino. Desistió el emperador de estas pretensiones, así por su propia seguridad, como por respeto á lo que representó el Papa contra unas disensiones tan ventajosas á los infieles, á quienes se trataba de reprimir. El mismo Pontífice, despues de haber puesto alguna dificultad en reconocer por rey á Pogebrae, acusado de heregia, no se detuvo en darle el título de tal luego que recibió su profesion de fé. Tambien reconoció por rey de Nápoles á Fernando de Aragon (el cual le rindió pleito homenaje) y anuló la bula del Papa Calisto que había reunido aquel reino á la Santa Sede. Solo obligó á los reyes de Nápoles á presentar todos los años al Papa, como por especie de tributo, un caballo blanco y ocho mil onzas de oro. Agradecido Fernando, prometió armar poderosamente por mar y por tierra contra los enemigos del nombre cristiano (a).

Fué muy sensible para el gobierno de Francia la predileccion del Papa á favor de Fernando, llamado el bastardo de Aragon, que con perjuicio de Renato de Anjou, de la línea augusta de San Luis, había recibido la investidura, por la cual quedaba escludido Renato del reino de Nápoles. El único temperamento de que se valió el Pon-

(a) Los disturbios ocurridos en Nápoles no permitieron á su rey Fernando I cumplir todas las promesas que hizo á la Santa Sede, y añade un historiador que su carácter cruel y disimulado le atrajo el odio de sus súbditos de tal manera, que le fué preciso conquistar su propio reino con mayores trabajos y fatigas que las que había vencido su padre Alfonso el Magnánimo. (N. del E.)

(1) *Chalc. l. 9.*

tífice, fué insertar en el documento de la investidura estas palabras: *sin perjuicio de tercero*, es decir, que se limitaba á no chocar abiertamente con las pretensiones legítimas de la casa de Anjou. No podía desentenderse Pio II de la adhesión de los franceses á la pragmática-sancion, de la cual decia entonces tanto mal, como bien habia dicho antes, cuando joven estaba preocupado á favor de la reforma de Basilea. Escribió á Carlos VII en los términos mas honoríficos para invitarle al congreso de Mantua, y le dió los títulos de rey cristianísimo, de hijo primogénito de la Iglesia, y de defensor principal de la fé, «adquiridos justamente por vuestros predecesores (añadió), como que eran los mas dignos celadores de la Religion de Jesucristo, y tan debidos á vos mismo, cuyos consejos no son menos necesarios para dirigir nuestras operaciones que vuestros ejemplos para animar á los príncipes y á los pueblos.» Por último, le rogaba que si no podia asistir en persona, enviase por lo menos embajadores con las instrucciones convenientes y plenos poderes.

El rey en su respuesta alabó mucho al Papa por sus piadosos designios, y prometió contribuir á su ejecucion con todas sus fuerzas, pero por medio de sus ministros, porque el estado de los asuntos de su reino no le permitia alejarse de él. Estaba entonces humillando á la presuncion británica. Despues de haber arrojado Carlos á aquellos orgullosos isleños de Guíena, Normandía y de todo el territorio de Francia, á escepcion de Calais, los redujo á defender sus propios hogares, y entró en su isla á sangre y fuego. Brezé, senescal de Normandía, dotado de grande inteligencia y valor, hizo un desembarco á dos leguas de Sandwic, cogió tres navios en el puerto y se llevó de la ciudad y sus cercanías un botín inestimable. Hecho esto, volvió á embarcarse sin ninguna pérdida aunque

acudieron armadas las milicias del pais.

Luego que pasó el rigor del invierno, salió de Roma el Papa para trasladarse á Mantua, despues de haber decretado, de acuerdo con los cardenales, que si moria en aquel viage, no se podia elegir su sucesor en otra parte que en la ciudad de Roma. Tenia entonces Pio II cincuenta y tres años; pero los muchos trabajos que habia padecido en sus legaciones y los viages innumerables que hizo habian quebrantado en gran manera su salud. Quiso ir de paso á Corsini, que era el pueblo de su naturaleza, y celebró allí la fiesta de la Cátedra de San Pedro. En seguida se trasladó á Sena, erigió aquella Silla en arzobispado, y nombró por primer arzobispo de ella á su sobrino Antonio Piccolomini. Le encontraron en esta ciudad los embajadores del emperador, de los reyes de Castilla, Portugal, Hungría, Bohemia y de otros muchos príncipes. Presentáronse tambien allí los de Silesia, y en nombre de su provincia, que formaba parte del reino de Bohemia, protestaron que no querian reconocer á Pogebrac por su rey; se quejaron de que el Papa le hubiese dado el título de tal, y reclamaron la asistencia de la Santa Sede contra los peligros á que se hallaba espuesta la Religion católica en su patria. Prometiósela el Papa, especialmente para el efecto de abocar á Roma todos los litigios que ocurriesen en esta materia, y sin perder un momento envió nuncios á Bohemia (1). A pesar de la abjuracion de Pogebrac, era su fé muy sospechosa; pero él queria reinar tranquilo. A fin de vencer la resistencia de los de Silesia, volvió á prometer que obedeceria á la Santa Sede y sostendria con celo la fé católica, y se obligó á proteger á los de Silesia contra todos aquellos que quisiesen introducir la heregía

(1) Cochl. l. 2.

en su pais, á defender los derechos y libertades de las iglesias, á hacer respetar y observar las censuras eclesiásticas en todos sus dominios, y á no conservar ningun resentimiento contra los que hasta entonces le habian negado la obediencia.

Mas temible era Roquesana que Pogebrac, el cual, á no haber sido por aquel clérigo perverso, hubiera reinado tranquilo y hecho felices á sus súbditos. Para curar el mal radicalmente, confió Pio II la administracion del arzobispado á Wenceslao, dean de la iglesia católica de Praga. Cuando llegó el caso de presentar las letras apostólicas, se experimentó, como era de esperar, una resistencia muy fuerte por parte del caviloso intruso y de sus numerosos partidarios, á cuya cabeza estaba el primer magistrado. Los dos partidos acudieron al rey, el que, no sabiendo qué medio tomar, les concedió indistintamente su proteccion, es decir, que se mantuvo neutral en su propio reino. Este asunto, que era de la mayor importancia, estuvo mucho tiempo sin decidirse; y mientras permaneció en este estado hubo dos administradores en la iglesia de la capital, uno católico y otro husita: método ruinoso, pero que sin embargo produjo algun buen efecto, pues á fin de conciliarse la amistad de los ortodoxos escribió Roquesana un largo tratado acerca de los Sacramentos, en el que impugnaba fuertemente los excesos de los taboritas, y se apartaba poco de la fé comun de la Iglesia.

Pasó Pio II desde Sena á Florencia, donde el famoso Cosme de Médicis, que gobernaba como absoluto esta república, le recibió con grandes honores y con una magnificencia digna de sus altos pensamientos y de su fortuna. Era Cosme el hombre mas rico y mas honrado de su tiempo, y eran pocos los soberanos que le igualaban en el poder y en riquezas. Habia acumulado in-

mentos tesoros y preciosidades inestimables con un comercio continuado hasta la edad de sesenta años en todos los climas de nuestro emisferio. Aconsejábanse de él todas las repúblicas de Italia y la mayor parte de los príncipes extranjeros como de un sábio que por medio de sus innumerables correspondencias estaba instruido en todo lo que pasaba en el universo. Como era amante de las ciencias y de los sábios, convidó á muchos de estos con su palacio, mas parecido á la córte de un rey que al banco de un comerciante. Formó una biblioteca copiosa y selecta, y se aprovechó de las emigraciones de la Grecia para recoger sus mejores libros y los manuscritos mas precioso que habia en ella. Tanta grandeza y prosperidad le suscitó algunos émulos, cuyas intrigas fueron causa de que se le desterrase con su hermano Lorenzo; pero poco despues le levantaron el destierro, los florentinos, le recibieron con aplausos unánimes, y le dieron el título de padre del pueblo y libertador de la patria (1). Solo le faltó el nombre de soberano, y este le adquirieron luego sus descendientes. Tal es la condicion de la grandeza y aun de la potestad terrena, que no hay puesto tan elevado adonde no pueda alcanzar el oro! San Antonino, el Poggio, natural de Terranova en el territorio de Florencia, Guarini de Verona, Leonardo Aretino, Mafeo de Lodi, que entre todos los autores de su siglo fué el que escribió con mas gracia y elegancia, y otros innumerables escritores de mucho mérito fueron contemporáneos de los dos Médicis, y la mayor parte de ellos muy favorecidos de estos nuevos Mecenas, que contribuyeron mas que nadie á la restauracion de las letras.

Despues de haber recorrido el Papa muchas ciudades de Italia, llegó por fin á

(1) Paul. Jov. Elog. l. 7; Comm. Pii. II. l. 2.